

LOS GRINGOS INVASORES

LA ENTRADA

La tierra allende el mar
ya no fue más que sueño.
La pampa los detuvo
en raíz y recuerdos.
Cuando quisieron irse
no pudieron hacerlo:
se les quedó en palabras
el indeciso intento.

(*POEMAS CON LABRADORES*)

Llegar a la tierra gaucha, para no volver, hacen ya cien años y pico, fue una aventura tremenda y denodada.

Esta gente gringa caía a la pampa con el único atavío de su intrepidez imponderable, pero suficientemente entrenados para esa anónima aventura personal.

Llegaban solos y amargos a desparramarse por una tierra desamparada, desconocida y virginal. A una tierra que se les entregaría entera y en la que sentirían el pagano gozo de palparla y de hendirla, de tan nueva, tan antigua y tan hembra como era.

Es verdad que no llegaron sino por poco tiempo; que embarcaban presurosos con ánimo de volver enseguida; que temían soltar la borda del barco: el último raigón que los unía a la patria lejos; que se arrepentían de inmediato por haber venido; que, luego, los más, se quedarían ahí, en la ciudad dinámica y cruel llena con promesas de fortuna fácil, por más cómodos, por menos valientes, por la cercanía de la

puerta hacia el mar, donde ejercerían los oficios más viles. Pero yo levanto el nombre de los que entraron con los biceps tensos a la aurora de la patria argentina. De los primeros y los de después. De los que entrando querían volver y se quedaron toda la vida. De los que alzaron del secular estatismo de nuestra tierra el fervor de las espigas y la ceñida pasión de las mazorcas estivales. De los que construyeron pueblos con la misma humildad y el mismo decoro con que edificaron las fortunas de los otros.

Es verdad que los gringos, esa *horda pacífica* que ha desparramado su sangre hacia las cuatro esquinas cardinales de América, arribaban ayer para irse mañana con la faltriquera llena de monedas áureas. Pero también es cierto que no pudieron, porque no lo intentaron, irse nunca más.

Para quedarse esos dos días sin tregua, de apurada tarea en la tierra ajena, con la vista hacia atrás, hacia lo nunca olvidado, lo dejado querido, fabricaron, como en el hornero, en paja y barro, el abrigo para una sola cría. Esa cuya gestación entroncaba detrás de la lejanía ácuea.

“La vivienda que levantaban los conquistadores, amasando la tierra y desbastando los troncos de los árboles, era ante sus mismos ojos una obra deleznable y caduca. Es que no sentían el amor a lo perdurable como el hombre que levanta en piedra la vivienda”, manifiesta Agustín Zapata Gollán en sus “Jornadas del Litoral” por los otros (1). Y yo lo repito, porque también está sirviendo para éstos en su primer día.

Y debía ser así, porque ellos no podían creer que arraigarían en una tierra con el mar lejos, con un río extraño, indígena y arisco, con una inmensidad desmesurada, una amplitud indomable, una soledad entera.

¿Cómo enraizar en una tierra con el mar lejos: ese mar tan cantado después por los inmigrantes italianos? Después, cuando la nostalgia no será ya más que la cadencia triste del canto y el nombre una costumbre; cuando ya habrá muerto

(1) AGUSTÍN ZAPATA GOLLÁN, *La conquista criolla*, Santa Fe, 1948.

definitivamente de olvido en sus manos la caricia húmeda de su agua verde y atormentada; cuando ni el agua gredosa y dulce del río litoral contará para ellos.

El mar, con su imagen coruscante dentro del hombre extraño a la tierra, estaba lejos. Para llegar a él de nuevo, para desasirse de este otro tiempo de tenacidad que inauguraba, había que salvar días y leguas de pampa; y aún luego de superada esa fatiga no se llegaba a él: quedaba el ancho margen líquido y pardo del Río de la Plata. Y, al fin y al cabo, la pampa era también un mar; un mar de soledad, de verdor, un mar de *silencio verde* para el trabajo en paz. Además, era demasiado ancha la tierra; el cielo azul demasiado, “demasiado mucho” el aire; como propio de quien lo abrazara el sol, el grito se podía llevar tan al tope como se quisiera; el canto tan erguido como alcanzara la voz; la blasfemia —vieja aparcera del reniego— tan sin trabas, tan a gusto, que no era posible desentenderse de una patria que los había recibido sin la más mínima molestia inquisitiva.

Y se largaron libres y vehementes, eufóricos y violentos, aritméticos y simples, a amar sobre ella. Y también —¿porqué no?— a sufrir encima de ella.

Por ese amor y por ese padecimiento entraron a querer la tierra. Cuando se metieron fue para no desligarse jamás de esa carnação morena y fructífera que volvía en cien el uno del esfuerzo; donde se podía andar como el pájaro en el aire, como el pez en el agua; donde los *señores* fastidiaban únicamente al través de sus administradores apurados, rapaces y sensuales; donde la iglesia no diezmaba los frutos de la fatiga; donde se podía vivir —y se vivía— con ademán holgado; se les permitía afinar una fe y tirar, sobre los días por venir, una esperanza segura como el par de bueyes afirmados en la melga immaculada.

LOS INTREPIDOS DE ESPERANZA

Hoy nadie llegaría
pero ellos llegaron.

JOSÉ PEDRONI

(*EL PAN NUESTRO*)

Llegaron a Santa Fe el 25 de enero de 1856.

El gobierno, atareado esos días con acontecimientos netamente políticos, no repara en la trascendencia de ese arribo. Pero alguien debe recordar que alguna responsabilidad le llega del asunto y los hacinan en un lugar cualquiera, fuera de la ciudad en estío amodorrada y canicular. Allí irán los vecinos curiosos, como a un circo de fenómenos, “a verlos y a trocar sus caballos criollos por los relojes de los gringos” (2).

Enseguida, para quitarse de encima esa preocupación, los despacha hacia la tierra de su destino.

El 19 de junio de ese mismo año, el Poder Ejecutivo, burocráticamente avizor, eleva a la Asamblea Constituyente una nota pidiendo se determine el sueldo que gozará el juez de paz a nombrarse en la Colonia Esperanza. Al tratarse este pedido del superior se suscita una discusión, originada en la redacción del artículo 2º de la ley que contempla el caso y que dice así:

“Las atribuciones serán las mismas que están acordadas “a los jueces de paz de los departamentos de San José y San “Jerónimo” (3).

Un diputado, Quintana, arguye “que debía suprimirse ese artículo porque serían suficientes las leyes que regían a la colonia y mucho más si se atiende a que estas gentes son de muy distintas costumbres a las nuestras” (4).

Y sí que lo eran.

Ahora que hemos decidido, por fin, permanecer.

(*) Idem.

(*) Leyes y decretos de la provincia de Santa Fe. Recopilación oficial. Tomo V, Santa Fe, 1926.

(*) Idem.

Ahora que la arteria lechosa de los caminos suprime, por decirlo así, las distancias y da lugar al conocimiento fraternal de los pueblos más dispares en usos y maneras.

Ahora que el desierto existe, pero el turismo no lo ve, porque siempre se salvan en la noche los lugares donde la población es tan escasa como el pan y la ropa.

Ahora que la verdadera soledad se defiende, como gato panza arriba, atacada por los costados con automotores y con aviones y ondas hertzianas por el aire.

Ahora... apenas si encontraríamos un patrón ideal para medir la heroica atropellada de esa gente gringa, cayendo al litoral santafesino los primeros días del año 1856.

Ellos venían de una civilización indudable y ponían el pie en una patria que estaba queriendo liquidar una bárbara época desangrada de odios, caliente de encontrones a muerte entre los estados, las familias y los individuos.

Venían de una civilización a una barbarie, si, creyendo como Block, aseguramos que civilización procede de "civitis": individuo del estado. Y aquí el estado recién empezaba a resollar por gravitación de los hechos y no porque los gobiernos hicieran nada por ganarse al individuo, que pertenecía con alma y vida al clan político y respondía ciegamente al caudillo.

Allá debían haber barajado, aunque, tal vez, sin saberlos jugar, los conceptos del sufragio universal y directo y los del derecho de gentes, de la justicia, de la representación del pueblo, de la libertad de enseñanza. Y habían sido bulones de esas máquinas en embrión, sujetos de aquellas experiencias.

Y llegaban a un país donde un gobierno estadual, comprometido a recibirlos, los había olvidado.

El ademán de largarse al mar para venir fue, acaso, desesperado.

Cuando se largaron, como el náufrago al mar embravecido, lo hicieron dispuestos a lo peor. Pero la sorpresa de entrar a la tierra gaucha, de empezar la zarta de acontecimientos que constituyen lo imperecedero y lo mágico de la conquista pacífica, aunque enconada, del suelo, no tiene pareja.

La guerra hasta el último contra el indio, comenzada tres siglos atrás, aún no había terminado ni llevaba miras de acabar porque los gobiernos y sus aláteres especulaban con ese estado beligerante y vivían opíparamente de él.

Nicasio Oroño acusaba desde su banca de senador a los primates de aquella hora, tremenda también:

“Unos diez o veinte mil indios, dispersos en pequeños grupos, asolando en sus correrías nuestras indefensas poblaciones, ocultándose luego en los bosques o en las soledades del desierto al simple amago de las fuerzas ordenadas, sin sujeción ni disciplina, no pueden ser un obstáculo serio a que reivindicemos nuestros valiosos territorios; a que afiancemos nuestro progreso; a que demos garantía a nuestras propiedades y a nuestras familias”.

“Somos una gran nación, y ¿cómo una gran nación no ha de poder garantirse contra los salvajes desarmados, desnudos, sin medios de movilidad y sin la inteligencia que nosotros?”.

“La nación que ha gastado 30 millones de pesos para guerrear con los paraguayos o sea para defender su HONRA, ¿cómo es posible que no tenga dos o tres millones para garantizar la propiedad de los mismos productores de esos treinta millones”?

“¿En vez de gastar los tesoros de la nación en levantar o voltear gobernadores de provincias, invertirlos en pagar, vestir y alimentar bien el ejército que ha de asegurarnos el orden contra los indios y los revoltosos?” (5).

Está bien que Oroño dejara ver que respiraba por la propia herida, cuando afirmaba estas cosas, pero no todo obedecía a maniobra con intenciones políticas. Oigase sino el párrafo de una carta que el general Anselmo Rojo, destacado con fuerzas nacionales para combatir movimientos revolucionarios estallados en el Norte y en Cuyo, dirige al presidente Mitre:

(5) NICASIO OROÑO, *Escritos y Discursos*. Librería de La Facultad. Buenos Aires, 1920.

“Todas estas fuerzas, sobre todo las que han pasado a la Rioja y San Juan, están completamente desnudas y sin otro salario que sus sufrimientos. Antes de licenciarlas me parece justo darles una pequeña cuenta y una camisa, ya que no sea posible darles otras prendas de vestuario” (6).

El gobernador santafesino Crespo en 1852, “considera intolerable e inhumano no evitar las depredaciones y muertes que, por un abandono criminal de las administraciones anteriores han cometido y practican aquellos salvajes” (7).

En 1868, Oroño seguía diciendo todavía: “Nuestro sistema actual contra el indio es la inercia en toda su expresión; es la explotación de todos los elementos, de la sangre del pueblo, en daño de ese mismo pueblo”.

“Ese sistema no ha dado otro resultado que la desmoralización del soldado, dejando que los salvajes golpeen cada quince días las puertas de nuestras provincias indefensas, arrasando sus campañas, cautivando sus familias y sembrando la inseguridad sobre nuestros caminos. Es notorio que en Mendoza, San Luis, Córdoba y Santa Fe, los indios han arrebatado impunemente valiosas propiedades, dejando el luto y la miseria allí donde antes reinaba el trabajo y la abundancia. Ahora mismo, en el departamento del Rosario, las familias huyen despavoridas, abandonando sus hogares y propiedades” (8).

¡Y esto lo decía Nicasio Oroño en 1868!...

¡Qué brava página se puede escribir volviendo doce años atrás, cuando a los suizos de Esperanza les dieron para comenzar la epopeya cereal, ocho barricas de harina, dos caballos y dos bueyes!

¡Cuándo “tenían que arar llevando la carabina terciada al hombro!” (9).

(6) Archivo del General Mitre. Presidencia de la República. Tomo 27. Biblioteca de “La Nación”, Buenos Aires, 1913.

(7) Idem.

(8) Idem.

(9) R. P. PEDRO GRENÓN, *La ciudad de Esperanza*. Tomo I, Córdoba, 1939.

Pero, de todos modos, la República estaba salvada.

“En las reuniones del Cabildo se citan los “Derechos del “Hombre” y a Madison, Hamilton y Jay, los precursores de la “Constitución de los americanos del norte y su “El Federalista”. Quieren constituir un país grande y honrado, dándole las mejores leyes del mundo. Llamam pueblos al inmenso territorio despoblado”, con el mismo desparpajo y la misma ingenuidad con que los poetas de ese tiempo llaman lóbrego precipicio a una quebrada; torrente desatado al hilo de agua de un arroyo, errante peregrino al poeta que iba con gastos pagos a Europa y “hastío fúnebre que anubla las miserables horas de mi vida” a una noche de insomnio.

Es que, entre una danza, un cumplido y un mate en porongo de plata, el alma debía sentirse transportada a esa hermosa visión del porvenir que el bardo vaticina en “Los Cantos del Peregrino”:

Quedad, mundo europeo, ennoblecido padre
de tiempos que a perderse con el presente van;
quedad, mientras la mano de América, mi madre,
recoge vuestros hijos y les ofrece pan.

¿Qué importa? ¡eh! ¿qué importa? sino vienes de guerra
nosotros te daremos donde segar la mies (10).

Yo no creo que pueda reprochársele al poeta, prócer en su mundo de fantasmagorías, que viera espigas donde no había puentes, caminos ni gobiernos medianamente responsables de su estabilidad.

El no puede cargar con la culpa de la llegada de una gente cuyo anonimato se oscurece aún más contra el relumbrante desprecio señorial de los amos criollos de la tierra. De estos amos, surgidos de una clase que “aún descansa de las largas fatigas que soportaron sus antepasados, a través de los legendarios peligros de la heroica empresa de la conquista” (11).

(10) JOSÉ MÁRMOL, *Obras completas*. Editorial Rosso. Buenos Aires, 1930.

(11) EMILIO DAIREAUX, *Vida y costumbres en el Plata*. Félix Lajouane. Buenos Aires, 1888.

De estos amos, hijos de aquéllos que amojonaron una patria americana inventando una divisa, acunando una bandera jirón de cielo y nube, en tanto estuvieron todos juntos un día, un solo día luminoso, girando en el mismo sueño inmenso junto a los fuegos de los vivaques, entreverando la sangre americana con la sangre de los cantos y la sangre de las guitarras, tapando el tronar del cañón godo con el grito aborígen, pero que un día se dispersaron a los cuatro rumbos enemigos de sus hermanos.

El poeta no tiene la culpa si llega una gente gringa, vacía de heroísmos cumbres a abrir “una senda en esta tierra solitaria y desvalida, a trabajar con la misma fe con que los otros habían peleado” (12). El no tiene la culpa si llegan, solos y acedos, a diseminarse por lo desconocido y lo oscuro de una tierra virgen, cuyo pudor los repele; donde los indios dan el frente a la civilización, que avanza a pesar de ella misma, defendiendo sus familias y el suelo que son suyos desde la sombra de los siglos ignorados. ¡Qué culpa tiene el poeta si él y todos los demás como él, veían el mundo desde un ensueño hamacado por una música de blandas armonías y en su país la vida del hombre, casi en los arrabales de la ciudad mandona, era todavía un lance!

Aquí, las familias dejan pasar los días con indolencia, espiando el cielo y la calle desde detrás de las ventanas en las salas penumbrosas, aguardando la muerte que las librará del sopor de esta larga siesta. Es que la fortuna y la vida son fáciles. “Las estancias se componen de miles de hectáreas y de “cabezas de ganado, que dan un sobrante de rentas tan considerable que hace innecesarios la economía, el orden, la pre-“visión y que permite el derroche” y la ociosidad (13).

Caen a un país donde, en la velada familiar, la abuela,

(12) EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *Radiografía de la Pampa*. Babel, Buenos Aires, 1933.

(13) JUAN AGUSTÍN GARCÍA, *La ciudad indiana*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1935.

repasando el rosario o alcanzando la cajita con rapé al reve-
riendo, que asiente apostólicamente, afirma que es obra del
demonio traer gringos a esta tierra (14).

Donde, treinta años después, todavía, la madre entre hipo-
lacrimosos y rotundos desvanecimientos gritará que más le
valdría ver muerta a su hija que casada con un gringo.

Donde éste sentirá que le nace un odio hondo, reserva-
do, en la profundidad simple porque le desprecian su pobre-
za, le burlan su timidez cartuja, le hacen bromas sañosas por
su parla.

Donde el "proletario" de los campos no tiene ni la más
lejana sospecha de lo que significa la propiedad privada, por-
que él supone que la pampa y sus rodeos pertenecen a todo
el mundo.

Aquí están estos gringos que se endurecieron, por dentro
y por fuera, raspando cuatro metros de tierra y piedra; que
tienen el alma envenenada de sus tragedias familiares origi-
nadas en la posesión de un área de suelo cultivable. Estos que
de económicos son crueles consigo y con los suyos, hasta des-
embocar en la avaricia por un exceso de previsión. Estos grin-
gos tesoneros, ordenados, formales y sobrios en razón del mis-
mo trabajo que aguantan.

Entran a un país donde los pastores —dice Félix de Aza-
ra— consideran mentecatos a los agricultores, pues piensan
que si éstos se hicieran pastores vivirían sin trabajar y sin
necesidad de comer pasto como los caballos. Todavía se cree
—arrima Juan Agustín García— que la agricultura es ofi-
cio de villanos, de siervos y de tontos. Ciertamente eso decía
para mucho antes, pero el juicio seguía imperando.

En los campos, el concepto feudal del desprecio al tra-
bajo es el sentimiento preeminente. El culto al coraje, heren-
cia de altivez varonil, le viene al criollo desde los tiempos aza-
rosos de la aldea. Aquí el trabajo es una postura corajuda:

(14) AGUSTÍN ZAPATA GOLLAN, *Las puertas de la tierra*. I. S. de la
U. N. del Litoral, Santa Fe, 1938.

una manifiesta organización de la baquía individual; una prueba de equilibrio del sistema nervioso; el dominio de la voluntad sobre el sentimiento; una disciplina de caballeros; una necesidad orgánica; un deporte más que una tarea; un torneo. Y el campo es un inmenso proscenio.

El trabajo es de a caballo porque no puede ser de otra manera. Por eso el gaucho hecho a esa función manifiesta que "un hombre sin caballo es una persona sin piernas". Y ha hecho del animal su herramienta, su casa y su aventura (15).

Enlazar; desgarronar; domar; degollar; cuerear sin inferirle al cuero la ofensa del más mínimo tajo; parar rodeo; correr por los campos cayendo de pie cuando las manos del animal aciertan con una cueva de peludo o de vizcacha, o tropiezan con un tacurú en construcción, son ejercicios plásticamente perfectos, sólo concebibles en el indio o en el gaucho. Se requiere, para todos esos movimientos y acomodos violentos y viriles, un entrenamiento indeclinable del cuerpo.

Caminar detrás de un arado desde que el alba llena de barras luminosas el cielo, aún antes; cambiar las yuntas al mediodía para que las bestias se reparen, pero sin cambiar el hombre; y continuar hasta que la noche termine de extender su poncho endrino; andar envuelto en la polvareda de las rstras; tender los lienzos del sembradío en figuras geométricas; emparvar; trillar; soportar el mal tiempo con una resignación proclive al fatalismo; cerrar el libro de una cosecha errada para comenzar otra sobre el pucho sin tener la más remota seguridad de un acierto, no podían soportarlo los hombres de esta tierra. Unos porque no conocían esa tarea, que, acaso, hubieran realizado con gusto. Otros porque no es una hazaña para cantarla en los fogones o las pulperías sino un trabajo minúsculo y anónimo, un arte y una labor de bueyes y de esclavos.

(15) GUILLERMO E. HUDSON, *El Ombú*. Espasa Calpe, Buenos Aires 1941.

LA COLONIZACION

He aquí la región del Dorado,
he aquí el paraíso terrestre,
he aquí la ventura esperada,
he aquí el vellocino de oro,
he aquí Canaán la preñada.

RUBÉN DARÍO

(CANTO A LA ARGENTINA)

Todos los que metieron baza en la colonización de la tierra santafesina rengueaban de la misma pata. Téngase por verdad que ninguno de ellos se rascó el bolsillo para afuera.

“Sólo don Justo José de Urquiza —tremendo terrateniente iniciador de la corriente inmigratoria en Entre Ríos, que pobló con gringos sus campos a orillas del Río Uruguay— los ayudó, en sus comienzos, con sus recursos personales y los estableció en tierras fértiles que les vendió a largos plazos” (16).

La población de los campos incultos y sin dueños, con agricultores, no fue en esta margen del Paraná, ni un sacrificio personal ni un acto de abnegación patrióticos. La colonización fue un negocio de tantos encarado por gente advertida; por comerciantes con una visión exacta del porvenir que le esperaba a este país, agazapado entre los cardales.

La colonización se inició, como tanta cosa aquí, a la bartola. Jamás se pensó, en la nación de las grandes corazonadas, que marcha impulsada por la vehemencia y la imprevisión de su juventud, que “la creación de una explotación agrícola exige fondos considerables” (17).

Se componían grupos de familias, se les sacaba de su mal pasar acostumbrado en Europa, se les hacía cruzar la anchura del océano, se les traía engañados —porque la razón de existencia de un agente comercial es engañar hasta cuando dice la verdad —se les lanzaba a un país de una tierra magnífica pero desierta y erizada de peligros, con una inconsciencia alegre y una irresponsabilidad alentadora.

(16) Idem 5.

(17) Idem 11.

Cómo podía pensarse, en un lugar del mundo donde las fortunas brotaban sin lucha, que para esa empresa enorme, desproporcionada, a más de la tierra debía contarse con los capitales necesarios para respaldar a los colonos, en previsión de los posibles años malos del comienzo; con una organización adecuada para salvar de las penurias a estos agricultores que debían enfrentar una lucha épica contra la tierra nueva, sin contar con la seguridad del favor de la suerte y del factor preponderante que son los elementos naturales en toda explotación agrícola.

Fiados en la vastedad de la pampa y en su indiscutible fertilidad, desparramaron por las aldeas de Europa cierto número de agentes de inmigración para que atrajeran a los colonos. Estos agentes se convirtieron, también, después, en empresarios al descubrir la facilidad del negocio.

Los agentes les hablan a los futuros colonos de “nuestros vastos y dilatados territorios limitados al oeste por las cadenas de los Andes y bañados al este por el Atlántico y las aguas del Plata, el Paraná, el Uruguay y el Paraguay; ríos hermosos y grandes como nunca habrán visto, engrosados por innumerables afluentes que riegan un continente que clama la industria y la civilización” (18).

Les hablan de la “agradable temperatura de su clima y la exuberancia de su suelo virgen”. De la facilidad con que harán fortuna, del poco valor de las tierras y el ningún esfuerzo que cuesta obtenerlas; de la fecundidad de los animales y su escaso costo; de la libertad en que se vive. Y claro, los gringos, encandilados, agarran viaje. No sin antes agradecer al empresario “que los había movido de sus hogares para transportarlos a tan distante y desconocido país para ellos, pero de cuya hospitalidad y bienestar tanto se prometían para su porvenir” (19).

Pero una vez entrados a la lucha esperanzada se les aban-

(18) Ídem 11.

(19) Ídem 9.

dona a su suerte, a su faena heroica contra el indio, el gaucho alzado, la tierra, el cielo, las plagas.

“Se formaron —dice Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de la pampa*— grandes compañías que especulaban “con la contratación de brazos y cuyo móvil era la obtención “de enormes extensiones de tierra y el flete de la carga humana. Una vez desembarcadas en el puerto y llevadas a los “campos, esas familias eran abandonadas, sin que los empresarios tuvieran solvencia para resarcir de sus inconcebibles “perjuicios a los colonos, ni el gobierno recursos para ampararlos. No había nada preparado para recibir a los trabajadores, que acababan empuñando las armas y dándose al abigeato”. El historiador López dice que “el inmigrante es “una simple mercancía en el país donde entra”.

Tal es lo que sucedió a la colonia Santa Catalina, en Buenos Aires, que fue la que abrió cancha a la “invasión”. Una ley de la Legislatura del 22 de agosto de 1821, facultaba al gobierno para negociar el transporte de familias industriales que aumentasen la población. Un grupo de ellas se estableció en la nombrada colonia; pero se arruinaron y faltos de recursos y perjudicados por nuestros disturbios políticos se dispersaron (20). Igual cosa hubiera ocurrido con la colonia Esperanza a no mediar la intervención del gobierno nacional de Urquiza.

“A nadie se le ocurría garantizarlos de las malas cosechas, “distribuyendo entre los colonos algunos rebaños, que tan es- “caso valor tenían”, afirma Daireaux.

Es que había una razón elementalmente básica para que tal cosa no se les ocurriera. Los propietarios, que eran los inspiradores y alentadores de la colonización estaban directamente interesados en que se poblaran las vecindades de sus estancias y especulaban con la desidia fiscal que envolvía a los colonos. “Ellos reservaban para su exclusivo beneficio esta nueva salida creada a sus rebaños a las puertas mismas de sus

(20) Idem 5.

estancias. Pensaban, con acierto, además, que para criar rebaños no era necesario ir a buscar gente tan lejos y, como es sabido, inhábil para esas tareas; y que ellos mismos se bastaban y sobraban para llevar a cabo esa ocupación tan perezosa” (25).

Es que el destino se venía haciendo.

“De haber repartido entre los primeros colonos planteles de animales, éstos se hubieran sentido dispensados de todo otro trabajo, sumergiéndose en la tradicional y semibárbara apatía de la vida del pastor, contra la que nadie, hasta entonces, había pensado luchar. Y a la cual el agricultor, justamente, tiene por principal misión destruir” (22).

Los propietarios vivían en las ciudades cuidando de conservar los espacios ocupados en la política y el comercio, o en sus estancias entregados al ocioso goce de dejar multiplicar sus vacas, al descansado trabajo de armar tropillas yeguarizas de un solo pelo; al barato deporte de mantener en sus dominios un pequeño ejército de leales para embarcarse en determinada lucha por la primacía de un lema político. De golpe y porrazo se encontraron con que, sin mucho esfuerzo, también podían explotar para su provecho esa fuerza nueva del nuevo suceso.

Entonces, dividieron sus tierras en cuadrados simétricos que llamaron concesiones, les dieron una numeración y los ofrecieron en venta, con la aquiescencia del gobierno, que les respondía, a precios muchos más elevados que los que podían obtener por todos los terrenos juntos (23).

Si los dueños de grandes extensiones de tierra, obtenidas en el reparto de prebendas u obtenidas del gobierno para el comercio de las mismas, recibieron enormes beneficios, no los recibieron menos aquéllos que se dedicaron, al mismo tiempo, a la oscura empresa de introducir gringos.

Cierto que no fue fácil encontrar gente dispuesta, en las viejas aldeas europeas, a correr la aventura de internarse en

(21) Idem 11.

(22) Idem 11.

(23) Idem 11.

el mar para salir a una tierra remota, envuelta en la leyenda, a pesar de que su suelo se ofreciese fecundo. No había entonces una línea de vapores regular, no teníamos ferrocarriles; el país envuelto en disensiones intestinas y trabajos bélicos de aguante en el exterior, carecía de los fondos necesarios para encarar un trabajo de tan vastos alcances; los rebaños, antes numerosos, habían sido diezmadados por las largas luchas civiles y el único valor dado al suelo estaba referido al ganado en pie que contenía. Era necesario que las colonias, una vez establecidas, creasen por sí mismas; hiciesen salir del suelo con la reja de sus arados, el capital para pagar los anticipos de su instalación y explotación, según es notorio en los contratos que se realizan. Pero ni los empresarios ni el gobierno reparan en estas pequeñeces.

“Sólo una ínfima parte de los buques que salen con inmigrantes semanal y casi diariamente de Europa, se dirige hacia esta parte de América. Los más se dirigen hacia los “Estados Unidos”, se queja Emilio Daireaux, que escribió su bien documentado “Vida y Costumbres en el Plata”, para “servir de guía a los que alguna empresa financiera, mercantil o colonizadora quisieran sentar en ella”. Es que ya ha corrido, como un reguero de pólvora, la noticia de que “el estímulo de la tierra con que los empresarios los halagan para decidirlos a abandonar sus hogares, sus amigos y relaciones, se torna luego en un sentimiento de pronunciado descontento cuando ven acrecentar la fortuna del empresario, por el valor creciente de la tierra que ellos cultivan y encarecen con su trabajo diario en provecho de quien, además de estas ventajas, recibe una parte de la cosecha anual. . . Las personas que se introducen al país obligadas por contratos anteriores pierden la condición de hombres libres, para constituir con su trabajo en favor de los que especulan en estos negocios un censo obligatorio que les arrebatara el fruto de sus afanes, privándolos al mismo tiempo de los medios de subsistencia indispensables y haciéndolos hasta cierto punto odiosa

“su residencia en la nueva patria que han adoptado” (24).

Pero no obstante esto, los que ya están aquí escriben a los de allá que esperan sus noticias, mentiras piadosas. Las mentiras de quienes no quieren mostrarse vencidos o estafados. Y los de allá con la base firme de esas mentiras se animan a venir.

LOS DOS VALORES

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero).

SANTOS VEGA

Al llegar el gringo, el gaucho, que había perdido su familia y su casa, su moral y su salud como guardia de la frontera, o entre los montes, el desierto y la indiada, disparándole a las levas, o empujado por los señorones influyentes en tren de reivindicar tierras para la civilización, consideró con indiferencia a este hombre caminador, que portaba un arma larga a la espalda, calzaba gruesos zapatones, usaba ropas pesadas y ridículas.

O, acaso, ni se enteró enseguida de su llegada, ocupado como andaba en otras cosas: en las yerras, la coreambre, el contrabando.

Además, no incumbirle la llegada de extraños a su tierra pertenecía a los lindes de su idiosinerasia.

Refiere Hudson que durante las invasiones inglesas, a poca distancia del sitio por donde el ejército inglés avanzaba hacia la capital —en el cual se hacían toda clase de preparativos para la defensa— se hallaba un número considerable de hombres entretenidos en el juego del pato. Pero éstos no demostraron el más mínimo interés por conocer la razón de esa presencia advenediza en la tierra. Es que el gaucho, dice más o menos el mismo don Guillermo, consideraba a todo gober-

(24) Idem 5.

nante, a toda persona revestida de alguna autoridad como su principal enemigo y el peor de los ladrones, desde que no sólo le robaba su bienes sino también su libertad, que era, al fin y al cabo, su único territorio inajenable, su única patria y el único bien del cual podían disponer mal que mal. A él poco le interesaba que fuera España o Inglaterra el país al cual el suyo debía pagar tributo. Y cuando los porteños se levantaron contra el dominio español, el gaucho transfirió su odio a las camarillas pseudo-republicanas. Cuando se afiliaron a Rosas y le ayudaron a subir al poder, se hicieron la ilusión de que era uno de ellos mismos y les daría aquella perfecta libertad para vivir sus vidas a su propio modo, que era su único deseo. Descubrieron su error cuando era demasiado tarde, puesto que Rosas representaba la regresión, la vuelta a la colonia, el aherrojamiento de la libertad del ademán, del corazón y del pensamiento.

Firmes en esta modalidad supusieron que la entrada de esa nueva gente, hosca, huraña, era asunto que competía exclusivamente a los de arriba, sus enemigos. Ellos no podían recibir de otra manera a esos invasores pacíficos. No acertaban a considerarles un competidor de cuidado desde que sus preocupaciones eran de índoles distintas. Por lo demás, ignoraban que llegaban para desalojarlos y a embrollarles definitivamente la existencia.

Los gringos entraron a sonos de conquista. Pensaron que aquí nadie sabía nada del oficio que ellos dominaban, y entendían que tenían que enseñarlo todo. Y era verdad, pero no entera. Porque, enseguida “se aperciben que, en el trasplante, todo lo tienen que aprender”.

Es la de aquí una vida distinta. Esta es una llanura pampa de proporciones, de paisajes, de vivencias diferentes a las de sus mesetas de allá, donde vivían del producto de un puñado de tierra vegetal. Necesitan, por gusto o por fuerza, asimilarse a los usos y costumbres del país. Precisan hacerse a la idea de que no pueden contar con el concurso de los demás y sí solamente con su baquía, su astucia, su capacidad. Y, a de-

cir la verdad, no llegan a perfeccionarse al primer intento en el difícil oficio de adaptarse a los modos del país.

El gaucho ya ha trabado conocimiento con el gringo. Lo ha tenido a su lado, aguantándolo, en los fortines: son los “enganchaos”, de los que dice Fierro:

“Era un gringo tan bozal
que nada se le entendía—
“Quién sabe de ánde sería!
Talvez no juera cristiano;
“pues lo único que decís
“es que era *pa-po-litano*.

.....
Cuando me vido acercar
“Quen vívore?... —preguntó—,
“Qué víboras?... —dije yo—.
“Ha garto! —me pegó el grito:
y yo dije despacito:
“Más lagarto serás vos”.

.....
Yo no sé porqué el Gobierno
nos manda aquí a la frontera,
gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo—
si creerá al mandar un gringo
que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo
pues no saben ni ensillar,
no sirven ni pa carniar;
y yo he visto muchas veces,
que ni voltiadas las reses
se les querían arrimar.

Y los pasan sus mercedes
lengüetiando pico a pico
hasta que viene un milico
a servirles el asao...
Y eso sí, en lo delicaos,
parecen hijos de rico.

Si hay calor ya no son gente,
si yela, todos tiritan—
Si usted no les dá, no pitan
por no gastar en tabaco—
Y cuando pescan un naeco
uno al otro se lo quitan.

.....
Pa vichar son como ciegos,
no hay ejemplo de que entiendan,
ni hay uno solo que aprenda,
al ver un bulto que cruza,
a saber si es avestruza
o si es ginete o hacienda.

Pero este otro gringo, inhábil, todavía, no viene a discutirle una plaza en la guardia. Viene a disputarle la pertenencia de la tierra.

Mas como la tierra es tan vasta, él lo ve, con sorna y lástima, afanarse en la arada, en combatir la langosta, en desmontar, en desesperarse contra el cielo que no le da la lluvia necesaria y oportuna.

De paso, a la zaga de su tropilla de descanso, volviendo de alguna correría, quizá de una jugada donde perdió hasta el apelativo y, de yapa, se “desgració”; tal vez cambiando de pago porque en el viejo los “dioses ya no le son propicios”... De paso, le echa una ligera ojeada de soslayo a esa sombra, doblada apasionadamente sobre la tierra, con el desprecio del que transita con soltura porque está en su casa, recorre su clima, anda en su atmósfera. Otra vez, ya acostumbrado a ver esa figura triste y magra pero fuerte, dolorosamente agachada para sostener un tiempo bravo que él comienza, se detiene; vuela la pierna sobre su caballo. Se echa el sombrero a la nuca y se queda ahí esperando ver en qué termina ese trajín, triturando una sonrisa entre conmisericordia y burlona... Pero le deja hacer. ¡Para qué molestarlo si el otro, todavía, no lo molesta!

Menosprecia el afanoso escarbar la tierra, a lo peludo, del “carcamán” y lo considera un ser inferior y débil “por-

que no puede ocultar su ignorancia del idioma y del medio''. Se ríe de su lenguaje, aprovecha el frangollo lengüístico del otro para hacer juegos de palabras, indecorosos y despiadados. Pero no le teme ni siquiera cuenta para él.

Quizá la más leve conciencia colectiva le hubiera avisado que estaba siendo traicionado por los mismos que le habían usado para los menesteres de la guerra, de la industria pastorial y el latrocinio y el contrabando. Pero el gaucho no podía recibir ese mensaje porque no era un ser gregario. Vivía de vivir su libertad, indómita y rebelde, alto en su soledad, ahora acosada, como un gran individualista empecinado que era.

Se ríe de él, lo desprecia, pero no lo odia. No puede albergar malquerencia ninguna contra este hombre pobre y desamparado también y que no se le parece.

El gaucho pertenecía al campo; era campo lo inmenso y lo inaccesible, lo siempre igual y distinto, como la pampa misma. Por eso desapareció cuando ésta dejó de ser íntegramente pampa, que es decir cuando la pampa fue castrada, marcada y registrada.

El gaucho era un hombre realizado; un trabajo terminado por la naturaleza, la historia, la economía. El siente el entorno pegado a sus costados como una herramienta apta, porque él es una de las partes esenciales y constitutivas del campo; y como él es una parte segura, leal, necesaria e inamovible del lugar, lleva el lugar en sí mismo aunque se traslade.

El gringo venía a realizarse recién y no se detenía a mirar a su alrededor.

Tiene una preocupación y la sigue; después tomará algunas de las costumbres y las maneras del vencido pero con otras dimensiones, otra distancia y otra profundidad porque, él misma, habrá trastornado los horizontes.

El gringo estaba, ahora aquí, porque una vicisitud o una comezón cualquiera lo encajó entre las paredes dilatadas del ámbito. Estaba incómodo y descontraído; no se hallaba; soñaba con irse; todavía no creía en el campo, en esta tierra,

ni la amaba: para querer hay que empezar por creer, ya se sabe.

Tiene en la mirada una cosa así como una yunta de bueyes. ¡De gusto no es! ¡Si lo habrá picaneado la miseria y la injusticia también a él!

Tiene, por política, el mirar de soslayo. Da la mano con una flojera que delata su desconfianza, su insinceridad o la timidez de su sinceridad. Contesta con monosílabos para no dar lugar al encuentro de la izquierda latidoras. Todavía no ha aprendido a darse entero. Tuvo una petulancia de entrada y se le hizo pedazos en la primer topada con la tierra. Tiene una picardía solapada, de zorro no de lechuza. Sabe esconder su agresividad más atento a las conveniencias que a la defensa de su amor propio y, a su turno, se desquitará porque es rencoroso. Se escurre de las ruedas porque en ellas encuentra la sociedad y el desprestigio. No quiere evidenciarse para que le dejen tranquilo. Su primera lección, dura, la aprendió de memoria. Su virilidad la emplea en la tierra y en su mujer y no en el relumbrón pasajero de una fiesta ni en una calentura espontánea, y las más de las veces trágica, por una trampa de naipes. La mujer y la tierra responden ampliamente al tesón de la reja y a la exigencia de su hombría: con eso su masculinidad está aquietada.

El gaucho es casi la calandria; el gringo puede ser la hormiga.

Uno piensa en el árbol porque tiene un nido adobado de silbos; el otro porque es útil.

Aquél alza los ojos al cielo porque está lleno de nubes para metafORIZAR; éste porque de arriba viene la lluvia.

Uno piensa en la araña como en una eximia tejedora; el otro como en una maravillosa fábrica de trampas.

Uno en el cardo porque da "panaderos", que son los suspiros de la novia; el otro porque es un material que puede dar fuego.

Y, en fin, cada cual piensa según el idioma de su espíri-

tu, en el árbol, los bichos, los elementos, intérpretes también del drama de la vida.

El gringo es tenaz pero pacífico; el otro se solivianta al primer amago y gusta del sabor y el olor de lo cruel. Este mata a hierro limpio porque tiene una necesidad psíquica de sentir morir la vida chorreando sangre en sus manos. El otro, si lo hace, mata a distancia. Pero matar de lejos es quitarle un gusto al cuerpo. ¿Qué tranquilidad de alma se puede sentir viendo una muerte de su mano con bala? El cadáver apenas si acurará una herida como de jején en la frente o en el pecho, sin sangre, casi.

Ya lo dice Hilario Ascasubi en "La Refalosa":

.....
pero ahí nomás por consuelo
a su queja,
abajito de la oreja
con un puñal bien templao
y afilao
que se llama el quita penas,
le atravesamos las venas
y el pescuezo.

¿Y qué se le hace con eso?
Larga sangre que es un gusto.
.....
y entre nosotros no es mengua
el besarlo
para medio contentarlo.
Qué jarana!
Nos reímos de buena gana
y muy mucho,
de ver que hasta le dá chucho
y entonces lo desatamos
y soltamos
y lo sabemos parar
para verlo refalar
en la sangre.

Los gringos defienden su idioma, su religión, sus costumbres y sus sueños de ventura y de regreso, agrupándose en co-

lonias que cierran herméticamente a la curiosidad; luego olvidarán lo más, pero, entonces, sólo así pueden defenderse contra los empujones de la desesperanza, contra el encuentro amargo de uno mismo en la soledad, contra el oficial olvido culpable.

En tanto, “el gaucho no tiene vínculos de familia, ni arraigos morales ni económicos”. Es una masa desintegrada, liviana, flotante, que ambula de un lugar a otro de la pampa. Ellos, en las reuniones de las estancias, hablan de caballos, “conversación seria si la hay”; de luchas cívicas; de enconos lugares; de cueros y marcas, de pelajes y memorias; de hazañas poco menos que legendarias; cantan abrazados a un instrumento de forma femenina, que se les entrega entero y como tiene un agujero redondo y oscuro en el pecho, poniendo el oído sobre él se le pueden escuchar cuando resuenan sus seis alas de música en las calientes entretelas.

Su indumento y sus comidas son el reflejo fiel de sus costumbres ociosas y de sus posturas ágiles. Aquél es de lo más ligero y simple. Esos son los animadores de su pereza, del tiempo que le sobra: el asado, que hay que asistir desde que la carne se coloca en el asador y el mate... oasis de cada momento para la conversación sin apuros, el trueque de sentimientos y noticias o para que el pensamiento ande las sendas de la cavilación o quemé los pesares del recuerdo.

El recién llegado come adentro, sobre mesas, utiliza herramientas para reducir los alimentos. Condimenta las comidas porque su paladar está acostumbrado a los sabores complejos. Habla de sus fatigas anteriores y las del porvenir, escuetamente, sin lirismo. Mide el tiempo, espía las lunas, calcula las puestas, el peso de las nubes y el paso del viento. El ha venido a encarar una preocupación que no tiene semejanzas con la del otro; un trabajo considerado denigrante, indigno de la condición de hombre libre. “Porque sembrar trigo, cortar paja, preparar adobes, hacer de labrador, no puede ser realizado por un gaucho verdadero sin sufrir una profunda humillación”. Pareciera que el gaucho tiene un sentido bíblico del trabajo;

en el Libro 2º de Moisés, Exodo (50-14) se lee: “Los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo, y en toda labor del campo”.

Para ese trabajo hacendoso y vil ha venido el gringo.

Tiene una música extraña y corrupta de ingerencias diversas y la ejecuta en un instrumento estridente que no llega a pertenecer a quien lo maneja, porque, descansando sobre sus muslos y apoyado en su pecho, apenas si se deja palpar ligeramente los botones cosquillosos y huidizos con la yema de los dedos.

¿Cómo puede el gaucho prestarle atención a esta gente que llega y ería raíz en un sitio? A lo sumo, le extraña este hombre recién llegado por sus tendencias a tomar posesión de la tierra, un bien que para él no cuenta; pero no cree, ni cerca, en su superioridad. Por el contrario: le desdenea porque trabaja y porque no sabe montar a caballo (25).

“Las fortunas, dice Juan Agustín García, crecían y se “multiplicaban por sí solas, con el simple funcionamiento de “los instintos naturales del animal. No era posible, entonces, “envolver al paisano en las prestigiosas tradiciones del trabajo improbable, rodearlo de todas las virtudes, economía y probidad, que forman su aureola ordinaria”.

El hombre que nada ha puesto para que el suelo sea fértil aprovecha todos sus frutos. La raza que se elabora así, adquiére, en medio de esta vida fácil, sus caracteres constitutivos. Raza contemplativa, poco ganosa de hacer hoy lo que puede realizar mañana. ¿No está ahí el rebaño para soportar holgadamente el porvenir? La vida asegurada sin esfuerzo imprime la costumbre de no emplearlo (26).

¿Cómo puede importarle a nadie aquí que venga alguien a cavar un pedazo de suelo, a no quererse mover más, si acos-

(25) Idem 11.

(26) Idem 11.

tumbrados a ver tanta soledad de tierra sin empleo no le atribuye a ella ningún valor?

El cree que la pampa y sus rodeos son de todo el mundo; que la tierra y el animal son un milagro celeste del cual tiene el derecho de aprovecharse levantando su rancho donde le place, carneando cuando le viene en gana, armando su tropillita, con o sin permiso de los dueños de las yeguas o los potros; de un dueño hipotético. Estas inocentes tendencias comunistas le llegan desde mucho atrás, confirmadas por las autoridades, por la rapacería de los personajes y los comandantes de campaña, por la audacia de cualquier dependiente de tienda o dueño de carreta que se resuelve, un buen día, a hacerse de un pedazo de tierra (27).

El ganado y la tierra no son de nadie; pero no tardó mucho en aparecer una ambición amparada en la ley que defienda la propiedad; pero no por la propiedad misma, primero, sino por lo que ésta contiene; después de la llegada del hombre extraño, por lo que la propiedad significa como valor especulativo, como posibilidad de agio.

El cree que cuanto le rodea es suyo; y lo es, realmente. El hombre que hace de gobierno sabe muy bien que su autoridad, en el desierto apenas rescatado al indio, no pasa de ser un ideal y la ley un concepto enteramente desconocido, cuando no arbitrario, desconsiderado, brutal e innoble. La civilización era política pero no verdaderamente dueña de los estados despoblados (28).

Cuando algún paisano de empresa, deseoso de mejorar su condición depauperizada, su situación de "desclasado", se arriesga a poblar las tierras de la frontera, levanta su rancho, se hace de una tropilla y de algunas vacas y toros, que conserva gracias a la suerte o a su habilidad para encontrar tierra de buen pasto y con aguadas, no falta quien venga, tarde o temprano, a despojarle del resultado de su esfuerzo duro y penoso, obtenido soportando una vida agitada, rodeada de indios y

(27) Idem 13.

(28) Idem 11.

malhechores. Tiene que salir con su pequeño rodeo, hechar abajo el rancho, dejar la tierra que le quitan después de haberla valorizado con su tesón. Es que los verdaderos habitantes de la campaña dependían en absoluto del capricho del metropolitano bien relacionado. El "proletario", sin embargo, seguía siempre avanzando sobre la línea de frontera, en busca de tierra libre donde fijar su hogar, construir la choza definitiva, cansado de vagar por las estancias, harto de una existencia de miserias tipo heroico de nómada que tiende a la vida civilizada (29).

Siempre aporreado, siempre empujado, siempre desposeído, poco a poco nace en su alma el sentimiento del desprecio por la ley; en su imaginación ésta es el símbolo de la fuerza caprichosa, encarnada en un funcionario mandón. Entonces se "alza". Y aparece en él, el gaucho malo. Mejor dicho: hacen de él el gaucho malo que han de perseguir y destruir.

Las clases directoras tomaron partido por los gringos, que caen en tropel. No quisieron utilizar al gaucho para las nuevas faenas, así como no quisieron convertir al indio al nuevo sistema anterior. Les pareció más cómodo y expeditivo deshacerse de él.

"Entre nosotros, dice Oroño, no debe olvidarse que existe en las campañas una población desgraciada, poco simpática en general a la gente civilizada y con la cual vamos conduciéndonos como la conquista cristiana con los salvajes. Obligado a llevar una vida nómada y hostil, porque no se ha acertado a hacerles participe de la propiedad y posesión regular del terreno" (30).

Los indios, de primera intención, no tuvieron por qué temer a los blancos. Un sentimiento de admiración y de respeto rodeaba a esos hombres que venían de no sabían dónde, del misterio divino, tal vez, en grandes ranchos flotantes; que andaban cubiertos de hierros y eran dueños del rayo y el trueno. Cuando pudieron palparles, tocarles las luengas barbas y

(29) Idem 13.

(30) Idem 5.

mirarles hondo en los ojos se les entregaron. Pero cuando advirtieron que éstos llegaban para despojarlos se revelaron contra el trato brutal, la rapiña, el asesinato, el estupro.

Cuando la pampa se pobló de animales serviciales, el indio domesticó el caballo y se perfeccionó en el dominio de la bestia. Y es así que sabe domar un potro, apartar en un rodeo, degollar, cuerear, despedazar limpiamente un animal. Tiene caballos y perros baqueanos en el oficio. No es pastor porque encuentra que la hacienda apenas si lo necesita. Ella misma buscaba en periódicas migraciones los campos de pasto y agua en las sequías y se reproducía sin la intervención oficiosa del hombre. Y aquéllo es todo lo que se le exigía a un hombre para ser útil en aquel tiempo.

El gaucho conocía el arte de dominar el caballo y desde él a la hacienda. La clase directora le hizo servir a su arbitrio cuando lo necesitó. Luego lo abandonó a una vida mezquina que iba a desembocar, inevitablemente, en la desesperación y la muerte.

Al gaucho lo sorprendió la inflación de sus virtudes cuando, al llegar, los gringos introdujeron una nueva razón de vida. Desprevenido pero valiente; solo, al toparse con la nueva armazón rural que desconocía se achicó y se vino abajo a plomo. Tenía en sí los elementos y las virtudes necesarios para soportar la embestida pero no le dejaron usarlos. Fierro decía:

Se dirigir la mansera
y también echar un pial
Se correr en un rodeo
Trabajar en un corral
Me se sentar en un pértigo
lo mesmo que en un bagual

Lo apearon. Le quitaron las espuelas. Mientras el tintineo de las nazarenas fue marcando el paso del hombre por el barrido de las pulperías, por la felpa húmeda de las canchas de taba, por el lomo sonoro de entre los andariveles, por el bosteadito de los carpidos de rodeos, por el verde de los grami-

llales alhajados de rocío, por los entreveros de las danzas pi-
carescas, con un compás que le sonaba a música celestial, el
gaucho creía que su personalidad, que es decir su estilo de
vida existía de veras. Pero cuando le obligaron a caminar a
pie, sin ese ruido estrellero que le perseguía golpeándole el
corazón, ya no supo vivir. O, a lo peor, ya no quiso vivir.

El desierto y el caballo explican al gaucho, dice Luis
Franco.

El desierto al tajearse de alambrados y caminos aboveda-
dos, se desangró en chacras y resultó una pampa urbanizada.
Y él ya no pudo andar a sus anchas.

Tragedia grande debió ser la de este hombre magnífico
y gallardo, respondón y empretinado, desligarse de una tierra
que había sido toda suya, arriba, abajo, hacia los cuatro vien-
tos, porque de tanto en vez tenía que desmontar para abrir
la tranquera o tocarse el ala partida pidiendo permiso para
cruzar un llano. Forastero ya en su propio pago.

El hombre de arriba supo que para domeñarlo había que
derribarlo, arrancarlo de su recado, desenhorquetarlo de un
envión. De a pie era un baldado. Supo que así le quitaba la
medida de sus ademanes; el compañero, la otra mitad de su
aventura vital; la herramienta válida de su trabajo y la ins-
piración de su canto. Más aún: como él y la bestia "sumaban
un solo ser y una sola voluntad" le dejaron sin el aparcerero;
como si le dejaran sin sombra o sin ojos.

Cuando quiso acordar luchó contra aquéllos y contra los
que venían "a arrasar con lo que él más quería en la vida:
"su soledad, su tiempo, su vida sencilla, sus costumbres de
"nieto de hidalgos y de indios". Contra los invasores que tam-
bién tenían virtudes y vicios pero de otra latitud. Cuando
quiso acordar ya era tarde. Los criollos de progreso y los co-
merciantes habían tomado posición junto al colono. "Lo ca-
"lumniaron, lo vejaron; fue cuando el gaucho adquirió una
"reputación peyorativa como elemento inferior, inadaptable a
"la necesidad de los nuevos tiempos".

Su figura ecuestre de gran romántico desaparece en el

instante mismo en que las consecutivas oleadas de inmigración llegan a poblar la pampa. Y se convierte en el extraño de su propia casa.

Entonces aparece José Hernández para decir la elegía que llorarán las últimas guitarras solas en las últimas pulperías.

Después reaparecerán, acompañadas de un instrumento agusanado, en los boliches de las barriadas proletarias y en los bailes populares de la campaña, para decir el ritmo nuevo de una raza, cuya madurez la patria espera para ser la dueña de su destino manoseado.

CARLOS CARLINO

Avda. de Mayo 741 - Buenos Aires

